

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, VIERNES 1º DE OCTUBRE DE 1920

Nº 4

no. 28

## POLEMARIO

# VALLE-INCLAN EN LA CORTE

Si España fuera fértil en hombres de la especie de Boswell, en biógrafos de vocación, don Ramón del Valle Inclán podría ser el tema de una de las biografías más deliciosas y sugerentes de cuantas se han escrito en cualquier lengua. Cuando nuestro escritor pasa por Madrid—a veces, largas temporadas—, la vida de la corte no sólo es más rica en una sorprendente figura, más apta para atraer la atención que toda una muchedumbre; en unos gestos de profeta, en un léxico, dicción y elegancias de lenguaje, que harían de él un maestro de oradores si los profesionales de la oratoria tuvieran en España la menor preocupación artística; la vida de la corte es, sobre todo, más rica en inquietudes de juventud.

La gente se imagina un Valle Inclán arcaico, un hombre de otro tiempo definitivamente pretérito. Sus libros—menos los últimos—, sus barbas de peregrino, su carlismo, dan apariencia de verdad a este error. Realmente, Valle-Inclán es uno de los hombres de más profundo pasado. Espíritu de maravillosa intuición, todo lo vivo de la Historia universal está en él como resumido y decantado. A veces parece un profeta indio; otras, un sacerdote egipcio; en ocasiones, un apostrofador bíblico; a ratos, un legista romano; un día, un mago medieval; otro, un virrey en América; con frecuencia, cuando habla de la guerra apologeticamente, un capitán carlista. (Cuando se piensa en la funesta obra del llamado liberalismo español, obra de postulación y corrupción nacionales, el carlismo, considerado como actitud de insolidaridad moral con este período de decadencia pública, actitud mucho más activa y sincera que la del republicanismo histórico, comienza a inspirarnos respeto).

Pero, con haber tanto pretérito acumulado en Valle-Inclán, lo característico en él, sin embargo, no es sino su aptitud para sentir en la actualidad circundante los gérmenes más ricos de futuro. En este sentido, es uno de los

escritores españoles de mayor futuridad. Como *Azorín*, Valle-Inclán es un ardiente panegirista de la revolución rusa. Es curioso, en este orden, el paralelismo de estos dos escritores, que por reacción contra un ambiente chabacano, muerto, sin ideas ni hechos, como era el de la España de su formación—ambiente, al contrario, de vilipendio por efecto de la guerra de



DON RAMON DEL VALLE-INCLÁN



Cuba—, buscan en la extrema derecha una posibilidad o un recuerdo de grandes actos. Hombres de imaginación, o no se detienen en las doctrinas de capacidad subversiva o se detienen un punto, y juzgándolas demasiado quiméricas o demasiado prosaicas—¿qué no se ha dicho del supuesto grosero materialismo de las socialistas?— se desvían, desilusionados, hacia personas y movimientos históricos de levadura levantisca. Están ávidos de acción—es el espíritu inquieto, dinámico, imaginativo—y la buscan donde creen poder hallarla; pero sobreviene un gran hecho como la revolución rusa, y el ciervista y el carlista se encienden de curiosidad y exaltados fervores al enfrentarse con una poderosa realidad histórica que colma los anhelos heroicos de su espíritu. ¿Contradicción? Por debajo de los esquemas logísticos corre la profunda unidad psicológica. En último término, lo de Rusia, como todo, es una cuestión de imaginación.

Este aparente cambio de actitud ante la Historia se repite en su actitud ante la literatura. Una realidad mezquina le llevó a crear en sus libros una realidad abstracta. Pero la realidad ha dejado de ser mezquina en el mundo, y del mismo modo que la realidad rusa de hoy está en la realidad imaginativa de sus grandes escritores, Valle-Inclán se preocupa ahora de percibir la emocionante España de mañana en el tema literario, que es su última evolución, de la España convulsa de los campos andaluces y las fábricas catalanas. «El ambiente social y doméstico de ese hombre desconocido que la Policía rara vez puede descubrir y el Jurado no se atreve a juzgar, pero que el escritor podría representarse; la vida de ese hombre desconocido que dispara contra un patrono o contra un compañero, que incendia un cortijo o pone una bomba en un café o en un periódico; lo que piensa, lo que dice, lo que mueve: he ahí un gran tema literario que yo quisiera emprender», perora Valle-Inclán en las largas tertulias nocturnas del café, buscando